

CONFERENCIA

EN DEFENSA DEL OFICIO DE SOCIÓLOGO

ROBERTO BRICEÑO-LEÓN*

<https://doi.org/10.54642/RVAC.2025.31.108.08>

<https://orcid.org/0000-0002-8882-7787>

Con motivo del día nacional del sociólogo quisiera dejarles un mensaje sencillo y claro. Ingresé a esta Escuela de Sociología en 1969 cuando estaba cumpliendo 18 años. Éramos más de 400 nuevos estudiantes en lo que creo fue la cohorte más grande que ha recibido la escuela. Había cuatro secciones de primer año y cada una tenía más de cien alumnos y, aunque estábamos en las aulas más grandes de la antigua sede, había más alumnos que pupitres, por lo tanto, quienes llegaban tarde debían acomodarse de pie al fondo del salón o en las ventanas de los balcones. Allí comencé a conocer y balbucear la sociología.

Hoy, luego de más de cincuenta años de ejercicio profesional, puedo decirles que **la sociología es una hermosa actividad y un muy digno y entretenido oficio.**

Escucharon bien, estoy diferenciando en mi afirmación lo que es la sociología como una forma de observar e interpretar la vida social y lo que es la práctica sociológica como oficio. Para pensar y dar una mirada interpretativa a la vida social no se necesita haber estudiado sociología. Para tener el título de sociólogo se requiere haber estudiado sociología, pero, hacer sociología, requiere de un oficio. Aunque parezcan similares, no es lo mismo tener una mirada sociológica que hacer sociología.

La cercanía de la sociología con la vida cotidiana hace que cualquiera pueda hacer consideraciones más o menos sustentadas sobre la vida social, las cuales pudieran considerarse como reflexiones sociológicas. No se requiere de un título para aventurarse en esas explicaciones o conclusiones propias de la «sociología espontánea» (Bourdieu, Chamboredon, Passeron, 1983).

* Sociólogo, Doctor en Ciencias Sociales (UCV, 1984). Profesor Titular de la Escuela de Sociología. Director del Laboratorio de Ciencias Sociales, LACSO. Desde el año 2005 es Director del Observatorio Venezolano de Violencia, OVV. Individuo de Número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. Ha trabajado en proyectos de investigación y asesoría en África, Asia y América Latina.



Esas especulaciones existen en todas las sociedades y son tan comunes como la vida en sociedad. Cualquiera puede hacerlo y con pleno derecho, pues la reflexividad sobre la sociabilidad y la reciprocidad es una cualidad de la libertad humana, de ese junco endeble y frágil, «el más frágil de la naturaleza», como lo calificó Pascal, pero que es un «junco pensante» (Pascal, 2015).

Hacer sociología es entonces un oficio. Un oficio muy difícil de asir, de definir y encapsular, pero un oficio en tanto que es una práctica disciplinada, modesta y laboriosa que se va construyendo con el tiempo. Un oficio que conlleva una mirada educada y una práctica exigente.

Entiendo que algunos colegas no gustan del término oficio para calificar la práctica sociológica, quizá porque intuyen que la hace menos pomposa, le quita grandiosidad. Yo quiero sostener ante ustedes que esa modesta artesanía del oficio es la que puede darle grandiosidad a la sociología y a los sociólogos. El término que Bourdieu y Chamboredom escogieron para titular su libro sobre el ejercicio de la sociología fue el de *Métier*, que en francés se usa para nombrar a las profesiones de artesanos carpinteros, torneros, electricistas... Y, en 1919, al dictar su conferencia sobre la ciencia, *Wissenschaft als Beruf*, Weber escogió la palabra *Beruf* para titularla (Weber, 2004). El término alemán *Beruf* puede traducirse como oficio o como profesión, pero profesión no en el sentido contemporáneo de una carrera universitaria, sino en el sentido de una práctica tan laboriosa y digna como la de un carpintero, un pescador o un tornero, es decir, de un oficio. Quizá por esa misma idea, al escribir sus consejos para la práctica sociológica, Wright Mills tituló *On Intellectual Craftsmanship* (*Sobre la artesanía intelectual*) (Wright Mills, 2000).

¿Y qué ha pasado con ese oficio cuyo día hoy celebramos que ha sido tan vapuleado en los últimos tiempos? Por qué, luego de haber reunido en el primer semestre más de cuatrocientos jóvenes queriendo ser sociólogos, al iniciar 2025 me informan que no llegan a cuatrocientos todos los estudiantes en la Universidad Central de Venezuela; que la situación en la Universidad de Zulia es similar y que en la Universidad Católica Andrés Bello están por cerrar la carrera de sociología por falta de estudiantes inscritos.

Más allá del desastre en que ha estado sumido el país y la universidad venezolana en este siglo, hay unos factores y unas tendencias que han impactado el prestigio de la sociología a nivel mundial y que han llevado a prestigiosos colegas, como Irving Horowitz a afirmar que ha habido una descomposición de la sociología (Horowitz, 1994), y a otros más amables como Raymond Boudon, a estimar que hay una crisis en la sociología (Boudon, 2023).

Quisiera en estas líneas asumir la defensa del oficio de la sociología frente a tres poderosas críticas que se difunden en el panorama mundial.

La primera es que la sociología se ha convertido en una excusa para justificar delitos y fracasos de los individuos, atribuyéndosele sus culpas a las condiciones sociales. La segunda que la sociología no es ciencia, sino una ideología y militancia política. Y la tercera, que la sociología es una cháchara diletante, que no aporta nada sólido al conocimiento que sea diferente del saber común.

Revisemos brevemente cada una de ellas y procuremos diferenciar la cal de la arena.

LA SOCIOLOGÍA COMO JUSTIFICACIÓN DEL DELITO Y EL FRACASO

La crítica más generalizada en algunos medios políticos y académicos es que la sociología se convirtió en una coartada que permite justificar la delincuencia o el fracaso de unos por la pobreza o la desigualdad de muchos. Una muletilla que Bernard Lahire llamó una «cultura de la excusa» (Lahire, 2016; Durkheim, 1977), según la cual unos jóvenes son asesinos porque la familia no los educó o el capitalismo los explotó. La cultura de la excusa pretende desresponsabilizar al individuo de cualquier acción nefasta que realice por las condiciones sociales –de miseria o abundancia– en las cuales ha vivido.

¿Qué hace la sociología? La sociología busca comprender el sentido de la acción de los seres humanos que interactúan en el contexto de una determinada sociedad.

Ahora bien, según esta crítica, la sociología, en su afán de comprender, perdonaría y exoneraría de culpa al delito y al fracaso individual.

Esta interpretación del oficio del sociólogo es errónea. Es errónea en las personas o colegas que la utilizan y es errónea en quienes desde afuera la atribuyen como propia de la sociología.

El oficio del sociólogo es comprender, no es perdonar. El oficio del sociólogo es explicar el sentido de la acción, no juzgarla. Por lo tanto, su función no es ni condenar ni perdonar.

Durkheim lo sostenía hace más de cien años de una manera sencilla al afirmar que «la ciencia estudia los hechos para conocerlos, y sólo para conocerlos, de manera desinteresada» pues se «desinteresa de las consecuencias prácticas...no se preocupa por saber si las verdades que descubre son agradables o desconcertantes...su rol consiste en expresar lo real, no en juzgarlo» (Durkheim, 1977)

En mi trabajo desde hace varias décadas sobre criminalidad y violencia, me he topado sistemáticamente con el argumento de que la delincuencia es el resultado de la pobreza. Lo interesante es que el mismo argumento lo esgrimen voceros del pensamiento conservador, que busca estigmatizar a todos los pobres, como los colegas

liberales o de supuesta izquierda, que buscan eximir de responsabilidad al individuo, al atribuirle la culpa a las condiciones de pobreza, explotación y neoliberalismo.

El oficio del sociólogo tiene una herramienta de gran potencia pues, como sostuvieron Bourdieu, Chamboredon, Passeron (1983), con la estadística se pueden desmontar saberes erróneos. Resulta que en cuanto uno analiza el porcentaje de delincuentes que hay en un barrio o una favela, nunca superan el 2% o 3% de la población total. Es decir, el 97% o 98% de los habitantes de los barrios no son delincuentes, sino que son trabajadores y ciudadanos honestos que sufren la delincuencia.

Por lo tanto, es incorrecto estigmatizar a toda la población del barrio al considerarlos delincuentes, pues no lo son, y también es incorrecto intentar eximir de responsabilidad individual a los delincuentes argumentando que son pobres, porque el restante 97% que habita en el barrio, que es pobre y está sometido al neoliberalismo, no es delincuente.

¿Por qué entonces algunos si son delincuentes y otros no, porque unos fracasan en sus estudios y otros logran graduarse y ser exitosos?

La sociología siempre busca comprender el sentido de la acción en situaciones colectivas e individuales. Veamos dos ejemplos.

Cuando hace unos años realizaba una investigación sobre violencia juvenil, entrevistamos a un joven que se hallaba detenido en un retén de menores por haber asesinado al conductor del vehículo que pretendía robar. Luego de conversar un rato, la pregunta que le formulamos era sencilla: ¿Por qué tenías que matarlo, si tú lo que querías era robar el vehículo para ganarte un dinero y poder comprarte la pinta que deseabas? La respuesta fue tan sencilla como sorprendente: *es que yo creí que ese man tenía un hierro y yo tenía que defenderme*.

Sí, el agresor argumentaba que se estaba defendiendo. Al parecer, en su nerviosismo, el chofer hizo un gesto extraño y el asaltante pensó que tenía un arma y le disparó para defender su vida. Al comprender el sentido de la acción subjetiva se encuentra que para el actor el disparo no fue agresivo, sino defensivo. Ahora bien, ¿se puede a partir de esa comprensión de la acción eximir de responsabilidad a ese joven porque su intención no era matar al conductor?

Veamos otro caso. Un estudiante de la universidad de medicina o de ingeniería debe presentar un examen importante para demostrar que sabe cuáles son los procedimientos para realizar una cirugía o demostrar que sabe hacer los cálculos estructurales necesarios para la edificación de un puente. El estudiante en cuestión tiene pocos recursos, y en las semanas previas al examen su familia no le pudo enviar

la remesa de dinero, por lo tanto, el joven tuvo que dedicarse a trabajar para poder sobrevivir y, por su precariedad, no tuvo recursos de comprar los libros requeridos, ni el tiempo suficiente para estudiar.

Se presenta al examen y alega que no pudo estudiar por sus condiciones de pobreza y que por lo tanto es injusto que reprueban en esos exámenes, porque no es su culpa, sino de su situación social.

La sociología de la educación puede ayudar a interpretar las circunstancias y ofrecer una explicación del sentido de la acción, puede comprender la tragedia individual y proponer medidas que ayuden a superar esas restricciones, pero nada más. La pretensión de utilizar los argumentos de la comprensión sociológica como un mecanismo de exculpación individual no son propios de la sociología. La sociología se mueve en el plano del conocimiento, por eso ni condena ni exculpa. Le corresponde a otra instancia de la sociedad juzgar el hecho sin comprender su origen social, le corresponde al juez condenar a cárcel al joven pues asesinó al chofer y al profesor reprobar al estudiante, pues no conocía la materia que debía saber para obtener el título universitario que lo autorizaba a realizar operaciones a los pacientes o construir puentes en las carreteras.

Las críticas a la cultura de la excusa no inculpan a la sociología, sino a una mala interpretación o a una mala práctica de la sociología.

Defender la sociología es defender el oficio de sociólogo cuyo propósito es comprender, no perdonar.

LA SOCIOLOGÍA COMO MILITANCIA E IDEOLOGÍA

Durante varias décadas el tema del llamado compromiso del sociólogo ha recorrido las aulas, congresos, libros y panfletos. En mi criterio la pregunta relevante sería: ¿Una sociología comprometida con qué?

La respuesta recurrente ha sido el compromiso como una responsabilidad política por la cual la sociología se convierte en un instrumento para forzar el cambio social o, al contrario, para mantener el orden social y consolidar el poder.

Otra manera de interpretar el compromiso es afirmar que la responsabilidad de la sociología es con la verdad, pues, como tal, la sociología lo que puede aspirar es al conocimiento, sostener la búsqueda de la verdad y, como tal, sus resultados pueden estar al servicio del gobierno o de la revolución.

El asunto de fondo es entonces si a la sociología le corresponde comprender la vida social o intervenir y transformar la sociedad.

Para dilucidar este tema pienso que uno debe diferenciar lo que es el sociólogo y lo que es el ciudadano. Aunque fundidos en una misma persona, ser sociólogo y ser ciudadano no es lo mismo. En el oficio de los sociólogos la obligación es comprender; la responsabilidad como ciudadanos es actuar.

Como sociólogos el compromiso es con la verdad. Y la verdad puede dar sorpresas, agradar o desconcertar. El sociólogo sabe que la verdad que surge de sus hallazgos puede ser utilizada por unos o por otros, puede ser manipulada, maliciosamente interpretada o falseada. Pero es la verdad

Algunos dirán que la diferencia es banal pues, inspirados en el evangelio: «la verdad os hará libres»; mientras que otros sostendrán que «toda verdad es revolucionaria». Lo cierto es que ni la libertad ni la revolución son posibles sin que la verdad sea verdadera.

Alegar que el único compromiso del sociólogo debe ser con el cambio social o la militancia es ideología; y la sociología no debe ser una ideología, sino una crítica a las ideologías, pues eso le permite aproximarse mejor a lo real.

Lamentablemente, mucho de lo que se ha pretendido llamar sociología comprometida y pensamiento crítico latinoamericano no ha sido más que una ideología al servicio de una parcialidad. Una mirada que sólo actúa críticamente ante unos poderes y realidades, mientras cierra ojos y los oídos ante otros clamores.

Es esto lo que hemos podido observar en la vergonzosa actitud de las directivas de CLACSO, que por años han criticado con severidad cualquier agresión que ocurra en países y gobiernos que no les son ideológicamente afines, y callan encubriendo los abusos en otros países, como cuando guardan silencio ante la clausura de universidades en Nicaragua. O, como afirmaba recientemente Edgardo Lander, al criticar el silencio y la postura acrítica que han tenido las ciencias sociales ante el fracaso del socialismo realmente existente en Cuba y la «deuda» que tiene la izquierda con el pueblo cubano (López, 2022).

Ahora bien, el compromiso con la verdad no excluye la empatía o la solidaridad con los demás ciudadanos, con sus dolores y tristezas, con sus anhelos y sueños. Gran parte de quienes escogimos esta carrera, lo hicimos por nuestra identificación con el dolor ajeno y por nuestros deseos de transformar el mundo. Pero cuando el individuo sociólogo decide intervenir en política, lo hace como ciudadano y como un ser político, y allí sus motivaciones, intereses y decisiones partisanas se corresponden con un nivel de la vida que es diferente del compromiso con la verdad.

En su oficio, el sociólogo debe resistir las tentaciones que surjan de la política y de su emocionalidad. Muy bien lo planteaba el Quijote en los consejos que le daba

a Sancho Panza para cuando fuera a gobernar la ínsula: «si alguna mujer hermosa viniera a pedirte justicia –le decía–, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera detenidamente la substancia de lo que te pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros» (Cervantes, 2004:870).

EL DILETANTISMO DE LA SOCIOLOGÍA

La tercera y última defensa que quiero hacer es de la sociología que como oficio se vuelve una práctica científica.

Se le ha criticado a la sociología su diletantismo, su frivolidad que la aleja de la ciencia y del saber sólido. La cercanía del objeto de estudio con el analista hace posible la charlatanería. La «sociología espontánea» aparece por doquier, crea confusión y da pie a las críticas. La empatía y la reflexividad humana hacen que cualquier persona se convierta en un sociólogo de botiquín que, acodado alabarra de un bar y, sin importar si saborea anís del barato o whisky del caro, lanza grandes admoniciones sobre los desvíos de la sociedad.

Weber describió de una manera muy gráfica que no se necesita ser el César para conocer al César. Así que cualquiera puede sacar sus conclusiones y emitir sus opiniones sobre el César, cual si fuera una mirada sociológica. Pero el oficio del sociólogo es diferente.

Y esa es la razón por la cual Merton insistió en el prólogo a su gran libro sobre *Teoría y Estructura social* que, si bien era cierta la afirmación de Weber, que no era necesario ser el César, esa idea no autorizaba para sacar conclusiones sobre el César, como pretendían algunos colegas, sin haber estudiado disciplinadamente al César. Es decir, sin estudiar con rigurosa disciplina y unas adecuadas herramientas la realidad que permitiera entender el sentido de la acción del César.

Las nociones del «saber común», como lo llama Giddens, que interpretan situaciones espontáneamente, pueden tener tanta dosis de verdad como de error. Por eso es obligatorio interpelar sus asertos de modo tal de poder rechazarlos o incorporarlos como un aporte al conocimiento sociológico (Giddens, 1989).

En el oficio del sociólogo se requiere empatía y capacidad de recolectar, construir y analizar las evidencias. Por eso quiero referirme en esta última parte a varias dimensiones prácticas del oficio

La primera es sobre la necesidad de diversidad metodológica para poder aproximarse adecuadamente a la comprensión de la realidad. En América Latina se ha difundido la idea que, para superar el llamado positivismo, la sociología debe utilizar

esencialmente técnicas cualitativas en la investigación y por lo tanto hay un rechazo a las técnicas cuantitativas, en particular a la estadística. Por el contrario, en Estados Unidos, una investigación sociológica en cuyo reporte no se presente una regresión estadística no es considerada seria ni publicable (Goldthorpe, 2000).

Ambas posturas las considero erróneas, pues las dos aproximaciones son útiles y complementarias, ya que una permite establecer las magnitudes de un fenómeno y la otra entender mejor su significación.

Ahora bien, con cualquiera de las dos técnicas, lo importante es que la sociología, tal como afirma Goldthorpe, busca producir evidencias nuevas del presente, y eso la diferencia de la historia, donde sólo se pueden interpretar las evidencias con las reliquias —así las llama— del pasado. Las nuevas evidencias pueden surgir de una encuesta por muestreo o de unos grupos focales (Goldthorpe, 2000).

Recientemente tuve la oportunidad de dirigir la Encuesta Mundial de Valores en el país y ésta arrojó unos extraordinarios resultados que muestran grandes cambios en la sociedad venezolana. Sin embargo, para poder entender y darle sentido a las mutaciones en los valores que estábamos observando y que se expresaban en cifras y porcentajes, fue necesario llevar a cabo grupos focales en todo el país. Ambas técnicas son necesarias y complementarias.

La segunda dimensión es la necesidad de una mayor apertura teórica que permita alternar o combinar las contribuciones que aportan corrientes teóricas disímiles (Briceño-León, 1992) sin considerar eso una herejía. Cuando salió publicado el libro de mi investigación sobre clases sociales en Venezuela, en el cual busqué construir la estratificación social con una integración de la teoría marxista de las clases, como categorías basadas en la producción, con la teorización weberiana de los estilos de vida, fui tildado de inmediato de ecléctico.

Al comienzo, debo confesar, no entendía bien que se trataba de un insulto. Se me acusaba de ecléctico por no ser fiel y tergiversar el marxismo puro que dominaba la sociología. Y era verdad, yo no quería en mi investigación ser fiel a ninguna corriente teórica; desde mis estudios de doctorado rechacé la conseja metodológica de que había que escoger una teoría para formular la investigación, pues las teorías sociales no son religiones que se deban venerar, son apenas instrumentos conceptuales que nos permiten captar las infinitas dimensiones de la vida social. De allí que Wright Mills defienda que la capacidad de cambiar de perspectiva debe ser un componente esencial en la imaginación sociológica (Wright Mills, 2000).

La tercera dimensión se refiere a los medios utilizados para transmitir los conocimientos sociológicos. En el oficio es importante cuidar el lenguaje sociológico.

La proximidad que hay entre las palabras del saber común y las categorías del conocimiento sociológico, obligan a crear conceptos que permitan subrayar la especificidad. Pero eso no significa que el lenguaje del sociólogo deba ser oscuro e incomprensible. El esfuerzo por transmitir de manera sencilla y clara los resultados es un importante eslabón en la defensa del oficio sociológico, las formas rebuscadas y pretenciosas solo favorecen a los críticos mordaces que afirman que la sociología se encarga de enturbiar las aguas para que el pozo parezca más profundo.

Gilberto Freyre, el gran colega brasileño autor de *Casa Grande e Senzala*, defendía la necesidad de una comunicación amable de sus hallazgos con el público lector. En su libro autobiográfico *Porque soy y porque no soy sociólogo* defiende el uso de la literatura para comunicar la sociología. En sus páginas afirma que él llegó a la sociología por la antropología; quizá, más exactamente, habría que decir que fue por la etnología, una prima muy cercana de la sociología. A lo mejor por ese origen él se describía más como un sociógrafo que como un sociólogo.

Este último aspecto me permite referirme a otra dimensión de la comunicación. En la antropología es habitual escribir los artículos y libros usando la primera persona del singular, es una prosa en la cual el autor que investiga se involucra con lo investigado, creando una narrativa fluida, sencilla, cordial. En la sociología esa ha sido una práctica proscrita. Hay muchas revistas donde explícitamente se le exige al autor escribir en tercera persona como condición estricta para poder ingresar el artículo para su revisión. En sociología el uso de la tercera o primera persona dependerá de la metodología utilizada, pues no es posible reportar en primera persona los resultados de una encuesta nacional, pero sí es posible hacerlo sobre una observación participante o una entrevista a profundidad, técnicas por cierto muy cercanas a la etnología.

Finalmente, y para concluir, debo mencionar los retos y oportunidades que al oficio de sociólogo le impone la multidisciplinariedad. Cuando Immanuel Wallerstein publicó su libro *Abrir las Ciencias Sociales* en el cual aboga firmemente porque la sociología se incorpore al trabajo transdisciplinar, ya existía en el país una práctica de ese tipo de intercambio.

Cuando comencé a trabajar en la universidad tenía un cargo a medio tiempo en la escuela de sociología. A pesar de que el modesto sueldo que recibía me obligaba a cuidar los gastos, al poco tiempo rechacé una oferta de incrementar la dedicación en la escuela, pues no quería quedarme trabajando todo el tiempo entre sociólogos. En ese momento yo investigaba en sociología urbana, así que preferí esperar hasta que pude ingresar en la Facultad de Arquitectura y dialogar con los urbanistas; allí trabajé dieciocho años y de allí surgieron mis tres primeros libros.

Años después, cuando comencé a investigar sobre la enfermedad de Chagas y otras enfermedades parasitarias, empecé a trabajar con médicos, entomólogos, epidemiólogos, y fue maravillosa la experiencia de conocer la sociedad desde otros ángulos, y tener la posibilidad de demostrar, en igualdad de condiciones, el rigor y la científicidad del conocimiento social. La interdisciplinariedad es una oportunidad, no una amenaza. Lo importante es no perderse en ese diálogo, no fundirse en el otro ni dejar de ser sociólogo, sino al contrario, aprovechar esa oportunidad para reencontrarse con la identidad y con la singularidad del quehacer sociológico.

El gran problema de la interdisciplinariedad es poder establecer qué aporta específicamente la sociología a esa suma de saberes. Y ese no es solo un reto con el urbanismo y la epidemiología, lo es también con la psicología y con la economía, pues ambas son importantes en la comprensión del sentido de la acción. Sin embargo, el oficio del sociólogo debe tener una especificidad que para mí se ha sintetizado en una gramática social (Briceño-León, 2025) que permita unir lo micro con lo macrosocial; lo cotidiano con lo extraordinario, lo transitorio con lo persistente en la vida social y de cuyas tensiones puedan surgir las conjeturas, en el sentido de Popper (1972), que nos permitan aproximarnos humildemente a la comprensión del sentido de la acción humana en sociedad.

CONCLUSIÓN

Decía al inicio de esta ya muy larga presentación que la sociología es una hermosa actividad y un muy digno y entretenido oficio; al concluir lo reafirmo.

Así como reafirmo la defensa del oficio de sociólogo ante quienes sostienen que sólo sirve para la excusa de comportamientos malhadados, de ser charlatanería o de transmutarse en política.

La sociología busca comprender, no jugar ni perdonar; la sociología tiene ante todo un compromiso con la verdad y la sociología es una práctica exigente y disciplinada que la hace merecedora de su puesto como ciencia social.

La tarea de la sociología es comprender el sentido de la acción, más allá de las parcialidades y las pasiones, por eso en la sociología comprensiva ha tenido tanto eco la expresión de Baruch Spinoza (Spinoza, 1661):

Non ridere, Non lugere, neque detestari, sed intelligere... habent causas, per quas eorum naturam intelligere conamur

Ante cualquier realidad social por más bizarra que sea, ante las pequeñeces o bufonadas de la comedia humana, ante los dolores y las miserias que quizá nunca hubiésemos querido ver...

No rías, ni te burles. No llores, no detestes ni odies; solo intenta comprender...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Boudon, R. (2023). *Y a-t-il encore une sociologie?* Paris: Éditions Odile Jacob.
- Bourdieu, P. (1972). *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Geneve: Librairie Droz.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.-C., C Passseron, J.-C. (1983). *Le métier du sociologue*. París: Mouton.
- Briceño-León, R. (1992). *Venezuela: clases sociales e individuos*. Caracas: Acta Científica Venezolana-Capriles.
- Briceño-León, R. (2025). «La sociología como gramática social». *Fermentum*, 12-33.
- Cervantes, M. (2004). *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Santillana Ediciones Generales.
- Durkheim, E. (1977). *Éducation et sociologie*. Paris: Press Universitaires de France.
- Freyre, G. (1968). *Como e porque sou e nao sou sociólogo*. Brasilia: Editora Universidade de Brasilia.
- Freyre, G. (1990). *Casa-Grande & Senzala. Formação da Família Brasileira sob o Regime da Economia Patriarcal*. Rio de Janeiro: Editora Record.
- Giddens, A. (1989). *Sociology*. Cambridge: Polity Press.
- Goldthorpe, J. H. (2000). *On Sociology. Number, Narratives, and the Integration of Research and Tehory*. Oxford: Oxford University Press.
- Horowitz, I. L. (1994). *The Decomposition of Sociology*. New York: Oxford University Press.
- Lahire, B. (2016). *Pour la sociologie*. Paris: La Découverte.
- López, M. (2022). «La izquierda latinoamericana tiene una deuda con el pueblo cubano. Conversación con Edgardo Lander». *Revista Foro-Cubano*, 3(4), 120-131.
- Merton, R. K. (1965). *Teoría y estructura social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pascal, B. (2015). *Pensamientos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Popper, K. (1972). *Conjectures and refutations. The Growth of Scientific Knowledge*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Spinoza, B. (1661). Obtenido de wikimedia.org: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/c/ce/Benedictus_de_Spinoza_-_Tractatus_politicus%2C_1677.pdf

Weber, M. (1977). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Weber, M. (2004). *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.

Wright Mills, C. (2000). *The Sociological Imagination*. Oxford: Oxford University Press.